

The background of the cover is a detailed illustration of a classic bar or lounge. A man in a dark suit and tie is walking from left to right in the foreground. Behind him, a curved bar is staffed by a bartender. Several patrons are seated at the bar. The room features large windows, a chandelier, and a wooden floor. The overall color palette is warm and golden, with a slightly aged, textured appearance.

G. K. Chesterton

Las Pisadas
Misteriosas

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAS PISADAS MISTERIOSAS

G. K. CHESTERTON

PUBLICADO: 1911

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

LAS PISADAS MISTERIOSAS

Si te encuentras con un miembro de ese selecto club, "Los Doce Verdaderos Pescadores", entrando en el Hotel Vernon para la cena anual del club, observarás, al quitarse el abrigo, que su chaqueta de noche es verde y no negra. Si (suponiendo que tienes la audacia de dirigir la palabra a un ser así) le preguntas por qué, probablemente te responderá que lo hace para evitar ser confundido con un camarero. Te retirarás entonces abatido. Pero dejarás tras de ti un misterio aún sin resolver y una historia digna de ser contada.

Si (siguiendo con la misma vena de conjeturas improbables) te encuentras con un sacerdote modesto y trabajador, llamado el Padre Brown, y le preguntaras cuál fue la suerte más singular de su vida, probablemente respondería que, en conjunto, su mejor golpe fue en el Hotel Vernon, donde evitó un crimen y, quizás, salvó un alma, simplemente escuchando unos pasos en un pasillo. Quizás esté un poco orgulloso de esta salvaje y maravillosa conjetura suya, y es posible que la mencione. Pero como es inmensamente improbable que alguna vez asciendas lo suficiente en el mundo social para encontrar a "Los Doce Verdaderos Pescadores", o que alguna vez desciendas lo suficiente entre los barrios bajos y criminales para encontrar al Padre Brown, me temo que nunca oirás la historia a menos que la oigas de mí.

El Hotel Vernon, en el que Los Doce Verdaderos Pescadores celebraban sus cenas anuales, era una institución que solo puede existir en una sociedad oligárquica que casi ha enloquecido con los buenos modales. Era ese producto al revés: un "negocio exclusivo". Es decir, era algo que no pagaba atrayendo a la gente, sino rechazándola. En el corazón de una plutocracia,

los comerciantes se vuelven lo suficientemente astutos como para ser más exigentes que sus clientes. Positivamente crean dificultades para que sus clientes ricos y cansados gasten dinero y diplomacia en superarlas. Si hubiera un hotel de moda en Londres al que ningún hombre pudiera entrar si no mide más de seis pies, la sociedad formaría dócilmente grupos de hombres de seis pies para cenar en él. Si hubiera un restaurante caro que, por mero capricho de su propietario, solo abriera los jueves por la tarde, estaría abarrotado los jueves por la tarde. El Hotel Vernon se encontraba, como por accidente, en la esquina de una plaza en Belgravia. Era un hotel pequeño; y muy incómodo. Pero sus mismas incomodidades se consideraban como muros que protegían una clase particular. Una incomodidad, en particular, se consideraba de vital importancia: el hecho de que prácticamente solo veinticuatro personas podían cenar en el lugar a la vez. La única mesa grande para cenas era la famosa mesa de la terraza, que estaba abierta al aire en una especie de veranda con vistas a uno de los jardines más exquisitos de Londres. Así sucedía que incluso los veinticuatro asientos en esta mesa solo podían disfrutarse en clima cálido; y esto hacía que el disfrute, aún más difícil, se desease aún más. El dueño actual del hotel era un judío llamado Lever; y ganó casi un millón con él, haciendo que fuera difícil entrar. Por supuesto, combinaba esta limitación en el alcance de su empresa con el más cuidadoso refinamiento en su desempeño. Los vinos y la cocina eran realmente tan buenos como cualquiera en Europa, y el comportamiento de los sirvientes reflejaba exactamente el estado de ánimo fijo de la alta sociedad inglesa. El propietario conocía a todos sus camareros como los dedos de su mano; solo había quince en total. Era mucho más fácil convertirse en miembro del Parlamento que convertirse en camarero en ese hotel. Cada camarero era entrenado en terrible silencio y suavidad, como si fuera un sirviente de un caballero. Y, de hecho, generalmente había al menos un camarero por cada caballero que cenaba.

El club de Los Doce Verdaderos Pescadores no habría consentido cenar en ningún otro lugar que en un lugar así, porque insistía en una privacidad lujosa; y se habría sentido bastante perturbado por la mera idea de que cualquier otro club estuviera cenando en el mismo edificio. En la ocasión de su cena anual, los Pescadores tenían la costumbre de exponer todos sus tesoros, como si estuvieran en una casa privada, especialmente el famoso juego de cuchillos y tenedores de pescado que eran, por así decirlo, las insignias de la sociedad, cada uno exquisitamente labrado en plata en forma de pez, y

cada uno cargado en la empuñadura con una gran perla. Estos siempre se disponían para el plato de pescado, y el plato de pescado siempre era el más magnífico en ese magnífico banquete. La sociedad tenía un gran número de ceremonias y observancias, pero no tenía historia ni objetivo; ahí residía su carácter tan aristocrático. No tenías que ser nada para ser uno de los Doce Pescadores; a menos que ya fueras un cierto tipo de persona, ni siquiera oías hablar de ellos. Había existido durante doce años. Su presidente era el Sr. Audley. Su vicepresidente era el Duque de Chester.

Si he logrado en alguna medida transmitir la atmósfera de este espantoso hotel, el lector puede sentir una natural curiosidad sobre cómo llegué a saber algo sobre él, y puede incluso especular sobre cómo una persona tan ordinaria como mi amigo el Padre Brown llegó a encontrarse en esa dorada galera. En cuanto a eso, mi historia es simple, o incluso vulgar. Hay en el mundo un agitador y demagogo muy anciano que irrumpe en los retiros más refinados con la terrible información de que todos los hombres son hermanos, y dondequiera que iba este nivelador en su caballo pálido, era el oficio del Padre Brown seguirle. Uno de los camareros, un italiano, había sufrido un derrame cerebral paralítico esa tarde; y su empleador judío, maravillándose suavemente ante tales supersticiones, había consentido en enviar por el sacerdote católico más cercano. Con lo que el camarero confesó al Padre Brown no estamos interesados, por la excelente razón de que ese clérigo se lo guardó para sí mismo; pero aparentemente lo involucró en la redacción de una nota o declaración para transmitir algún mensaje o corregir algún error. El Padre Brown, por lo tanto, con una impudencia humilde que habría mostrado igualmente en el Palacio de Buckingham, pidió que le proporcionaran una habitación y materiales de escritura. El Sr. Lever estaba dividido en dos. Era un hombre amable, y también tenía esa mala imitación de la amabilidad, la aversión a cualquier dificultad o escena. Al mismo tiempo, la presencia de un extraño inusual en su hotel esa noche era como una mancha de suciedad en algo recién limpiado. Nunca había zona de frontera o antesala en el Hotel Vernon, no había gente esperando en el vestíbulo, ni clientes entrando por casualidad. Había quince camareros. Había doce huéspedes. Sería tan sorprendente encontrar un nuevo huésped en el hotel esa noche como encontrar un nuevo hermano desayunando o tomando té en la propia familia de uno. Además, la apariencia del sacerdote era de segunda categoría y su ropa estaba embarrada; una mera mirada de él desde lejos podría precipitar una crisis en el club. El Sr. Lever al final ideó un plan para cubrir,

ya que no podía borrar, la desgracia. Cuando entras (como nunca lo harás) al Hotel Vernon, pasas por un corto pasillo decorado con unos pocos cuadros viejos pero importantes, y llegas al vestíbulo principal y salón que se abre a tu derecha hacia pasillos que llevan a las habitaciones públicas, y a tu izquierda hacia un pasillo similar que apunta a las cocinas y oficinas del hotel. Inmediatamente a tu mano izquierda está la esquina de una oficina de vidrio, que colinda con el salón: una casa dentro de una casa, por así decirlo, como el viejo bar de hotel que probablemente una vez ocupó su lugar.

En esta oficina se sentaba el representante del propietario (nadie en este lugar aparecía en persona si podía evitarlo), y justo más allá de la oficina, camino a las dependencias del personal, estaba el guardarropa de caballeros, el último límite del dominio de los caballeros. Pero entre la oficina y el guardarropa había una pequeña habitación privada sin otra salida, a veces usada por el propietario para asuntos delicados e importantes, como prestarle mil libras a un duque o negarse a prestarle seis peniques. Es una muestra de la magnífica tolerancia del Sr. Lever que permitiera que este lugar sagrado fuera profanado durante media hora por un simple sacerdote, garabateando en un pedazo de papel. La historia que el Padre Brown estaba escribiendo probablemente era una historia mucho mejor que esta, solo que nunca se sabrá. Solo puedo afirmar que era casi igual de larga, y que los últimos dos o tres párrafos eran los menos emocionantes y absorbentes.

Porque fue en el momento en que había llegado a estos cuando el sacerdote empezó a permitir que sus pensamientos vagaran y sus sentidos animales, que comúnmente eran agudos, se despertaran. La hora de la oscuridad y la cena se acercaba; su propia pequeña habitación olvidada estaba sin luz, y quizás la creciente penumbra, como a veces ocurre, agudizó el sentido del oído. Mientras el Padre Brown escribía la última y menos esencial parte de su documento, se encontró escribiendo al ritmo de un ruido recurrente afuera, así como a veces se piensa al compás de un tren. Cuando tomó conciencia de la cosa, descubrió qué era: solo el ordinario pater de pies pasando por la puerta, lo cual en un hotel no era un asunto muy improbable. Sin embargo, miró al techo oscurecido y escuchó el sonido. Después de escuchar durante unos segundos soñadoramente, se puso de pie y escuchó atentamente, con la cabeza un poco inclinada a un lado. Luego se sentó nuevamente y hundió su frente en sus manos, ahora no solo escuchando, sino también pensando.

Los pasos afuera en cualquier momento dado eran como los que uno podría escuchar en cualquier hotel; y sin embargo, tomados en su conjunto, había algo muy extraño en ellos. No había otros pasos. Siempre fue una casa muy silenciosa, pues los pocos huéspedes familiares iban directamente a sus propios apartamentos, y los bien entrenados camareros estaban instruidos para ser casi invisibles hasta que se les necesitara. No se podía concebir ningún lugar donde hubiera menos razón para temer algo irregular. Pero estos pasos eran tan extraños que no se podía decidir si llamarlos regulares o irregulares. El Padre Brown los siguió con el dedo en el borde de la mesa, como un hombre que intenta aprender una melodía en el piano.

Primero, venía una larga ráfaga de pequeños pasos rápidos, como los que haría un hombre ligero en una carrera caminando. En cierto punto se detenían y cambiaban a una especie de paso lento y oscilante, contando no una cuarta parte de los pasos, pero ocupando aproximadamente el mismo tiempo. En el momento en que el último pisotón resonante había desaparecido, volvía de nuevo el correr o el ondular de pies ligeros apresurándose, y luego de nuevo el golpe del caminar más pesado. Ciertamente era el mismo par de botas, en parte porque (como se ha dicho) no había otras botas cerca, y en parte porque tenían un pequeño pero inconfundible chirrido. El Padre Brown tenía la clase de cabeza que no puede evitar hacer preguntas; y sobre esta cuestión aparentemente trivial su cabeza casi se partió. Había visto a hombres correr para saltar. Había visto a hombres correr para deslizarse. Pero ¿por qué diablos un hombre debería correr para caminar? O, de nuevo, ¿por qué debería caminar para correr? Ninguna otra descripción cubriría las payasadas de este par de piernas invisibles. El hombre estaba caminando muy rápido por una mitad del corredor para caminar muy lento por la otra mitad; o estaba caminando muy lento en un extremo para tener el placer de caminar rápido en el otro. Ninguna sugerencia parecía tener mucho sentido. Su cerebro se volvía cada vez más oscuro, como su habitación.

Sin embargo, cuando comenzó a pensar detenidamente, la misma negrura de su celda parecía hacer sus pensamientos más vívidos; comenzó a ver como en una especie de visión los fantásticos pies brincando por el corredor en actitudes antinaturales o simbólicas. ¿Era una danza religiosa pagana? ¿O algún tipo completamente nuevo de ejercicio científico? El Padre Brown comenzó a preguntarse con más exactitud qué sugerían los pasos. Tomando primero el paso lento: ciertamente no era el paso del propietario. Los hom-

bres de su tipo caminan con un rápido andar torpe, o se quedan quietos. No podría ser un sirviente o mensajero esperando instrucciones. No sonaba así. Las clases más pobres (en una oligarquía) a veces se tambalean cuando están un poco borrachos, pero generalmente, y especialmente en escenarios tan espléndidos, se mantienen en actitudes restringidas. No; ese paso pesado pero elástico, con una especie de énfasis descuidado, no especialmente ruidoso, pero sin importar el ruido que hacía, pertenecía solo a uno de los animales de esta tierra. Era un caballero de Europa occidental, y probablemente uno que nunca había trabajado para ganarse la vida.

Justo cuando llegó a esta certeza sólida, el paso cambió al más rápido, y pasó por la puerta febrilmente como una rata. El oyente observó que aunque este paso era mucho más rápido, también era mucho más silencioso, casi como si el hombre caminara de puntillas. Sin embargo, no se asociaba en su mente con el secreto, sino con otra cosa, algo que no podía recordar. Estaba enloquecido por uno de esos medios recuerdos que hacen que un hombre se sienta medio tonto. Seguramente había escuchado esa extraña caminata rápida en alguna parte. De repente saltó de pie con una nueva idea en la cabeza, y se acercó a la puerta. Su habitación no tenía salida directa al pasillo, pero daba de un lado a la oficina de vidrio, y del otro al guardarropa más allá. Intentó la puerta hacia la oficina, y la encontró cerrada con llave. Luego miró la ventana, ahora un cuadrado lleno de nubes púrpuras cortadas por un atardecer lívido, y por un instante olió el mal como un perro huele ratas.

La parte racional de él (ya sea la más sabia o no) recuperó su supremacía. Recordó que el propietario le había dicho que cerrara la puerta con llave, y que vendría más tarde a liberarlo. Se dijo que veinte cosas que no había pensado podrían explicar los sonidos excéntricos afuera; se recordó a sí mismo que quedaba suficiente luz para terminar su propio trabajo adecuado. Llevando su papel a la ventana para captar la última luz tormentosa del atardecer, se sumergió resueltamente una vez más en el registro casi completado. Había escrito durante unos veinte minutos, inclinándose cada vez más hacia su papel en la luz menguante; luego, de repente, se sentó derecho. Había escuchado los extraños pasos una vez más.

Esta vez tenían una tercera rareza. Anteriormente, el hombre desconocido había caminado, con ligereza y velocidad de rayo, pero había caminado. Esta vez corrió. Se podían escuchar los pasos rápidos, suaves y elásticos recorriendo el pasillo, como los pasos de un pantera que huye y salta. Quien

venía era un hombre muy fuerte y activo, en una excitación aún silenciosa pero desgarradora. Sin embargo, cuando el sonido llegó hasta la oficina como una especie de torbellino susurrante, de repente cambió de nuevo al viejo y lento pisotón arrogante.

El Padre Brown arrojó su papel, y, sabiendo que la puerta de la oficina estaba cerrada, se dirigió de inmediato al guardarropa del otro lado. El encargado de este lugar estaba temporalmente ausente, probablemente porque los únicos huéspedes estaban cenando y su trabajo era un sinecura. Después de buscar a tientas a través de un gris bosque de abrigos, descubrió que el guardarropa tenue daba al corredor iluminado en forma de una especie de mostrador o media puerta, como la mayoría de los mostradores a través de los cuales todos hemos entregado paraguas y recibido boletos. Había una luz inmediatamente encima del arco semicircular de esta abertura. Proyectaba poca iluminación sobre el propio Padre Brown, que parecía una mera silueta oscura contra la ventana del atardecer detrás de él. Pero arrojaba una luz casi teatral sobre el hombre que estaba fuera del guardarropa en el corredor.

Era un hombre elegante con un traje de noche muy sencillo; alto, pero con un aire de no ocupar mucho espacio; uno sentía que podría deslizarse como una sombra donde muchos hombres más pequeños habrían sido obvios y obstructivos. Su rostro, ahora arrojado hacia atrás a la luz de la lámpara, era moreno y vivaz, el rostro de un extranjero. Su figura era buena, sus modales, buenos y seguros; un crítico solo podría decir que su chaqueta negra estaba un tono por debajo de su figura y modales, e incluso abultaba y se arrugaba de una manera extraña. En el momento en que vio la silueta negra de Brown contra el atardecer, arrojó un trozo de papel con un número y exclamó con amable autoridad:

—Quiero mi sombrero y abrigo, por favor; me doy cuenta de que tengo que irme de inmediato.

El Padre Brown tomó el papel sin decir una palabra, y obedientemente fue a buscar el abrigo; no era el primer trabajo servil que había hecho en su vida. Lo trajo y lo puso en el mostrador; mientras tanto, el extraño caballero, que había estado buscando en el bolsillo de su chaleco, dijo riendo:

—No tengo plata; puedes quedarte con esto.

Y arrojó media soberana, y se echó el abrigo.

La figura del Padre Brown permaneció completamente oscura e inmóvil; pero en ese instante había perdido la cabeza. Su cabeza siempre era más valiosa cuando la había perdido. En tales momentos ponía dos y dos juntos y hacía cuatro millones. A menudo la Iglesia Católica (que está casada con el sentido común) no aprobaba esto. A menudo él mismo no lo aprobaba. Pero era inspiración real, importante en raras crisis: "porque cualquiera que pierda su cabeza, la salvará".

—Creo, señor —dijo cortesmente—, que tiene algo de plata en su bolsillo.

El caballero alto se quedó mirando.

—¡Demonios! —exclamó—, si elijo darte oro, ¿por qué te quejas?

—Porque la plata a veces es más valiosa que el oro —dijo el sacerdote con suavidad—; eso es, en grandes cantidades.

El desconocido lo miró con curiosidad. Luego miró aún más curiosamente hacia el pasillo que conducía a la entrada principal. Después volvió a mirar a Brown y luego observó cuidadosamente la ventana detrás de la cabeza de Brown, aún coloreada con el resplandor de la tormenta. Entonces pareció tomar una decisión. Puso una mano sobre el mostrador, saltó sobre él tan fácilmente como un acróbata y se alzó por encima del sacerdote, poniendo una mano enorme sobre su cuello.

—Quédate quieto —dijo en un susurro cortante—. No quiero amenazarte, pero...

—Yo sí quiero amenazarte —dijo el Padre Brown, con una voz como un tambor retumbante—. Quiero amenazarte con el gusano que no muere y el fuego que no se apaga.

—Eres un tipo raro para ser un encargado de guardarropa —dijo el otro.

—Soy un sacerdote, monsieur Flambeau —dijo Brown—, y estoy listo para escuchar tu confesión.

El otro se quedó boquiabierto por unos momentos y luego se desplomó en una silla.

Los dos primeros platos de la cena de Los Doce Verdaderos Pescadores habían transcurrido con éxito tranquilo. No poseo una copia del menú; y si la tuviera, no significaría nada para nadie. Estaba escrito en una especie de super-francés empleado por los cocineros, pero completamente ininteligible para los franceses. Había una tradición en el club de que los entremeses debían ser varios y múltiples hasta el punto de la locura. Se tomaban en serio porque eran extras declaradamente inútiles, como toda la cena y todo el club. También había una tradición de que el plato de sopa debía ser ligero y sin pretensiones, una especie de vigilia simple y austera para el festín de pescado que estaba por venir. La conversación era esa extraña y leve charla que gobierna el Imperio Británico, que lo gobierna en secreto, y que apenas iluminaría a un inglés corriente incluso si pudiera escucharla. Los ministros del gabinete de ambos lados eran aludidos por sus nombres de pila con una especie de aburrida benignidad. El Canciller del Exchequer radical, a quien se suponía que todo el partido Tory maldecía por sus extorsiones, era alabado por su poesía menor o por su silla de montar en el campo de caza. El líder Tory, a quien se suponía que todos los liberales odiaban como a un tirano, era discutido y, en general, alabado... como a un liberal. Parecía, de alguna manera, que los políticos eran muy importantes. Y, sin embargo, cualquier cosa parecía importante sobre ellos excepto su política. El señor Audley, el presidente, era un hombre amable y anciano que aún llevaba cuellos Gladstone; era una especie de símbolo de toda esa sociedad fantasmal y fija. Nunca había hecho nada, ni siquiera algo malo. No era rápido; ni siquiera era particularmente rico. Simplemente estaba en el círculo; y ahí terminaba todo. Ningún partido podía ignorarlo, y si hubiera deseado estar en el gabinete, ciertamente lo habrían colocado allí. El Duque de Chester, el vicepresidente, era un joven político en ascenso. Es decir, era un joven agradable, con cabello rubio y lacio y una cara pecosa, con inteligencia moderada y enormes propiedades. En público, sus apariciones siempre eran exitosas y su principio era lo suficientemente simple. Cuando pensaba en un chiste, lo hacía y se le llamaba brillante. Cuando no podía pensar en un chiste, decía que este no era momento para trivialidades y se le llamaba capaz. En privado, en un club de su propia clase, simplemente era bastante francamente tonto, como un colegial. El señor Audley, al no haber estado nunca en política, las tomaba un poco más en serio. A veces incluso incomodaba a la compañía con frases que sugerían que había alguna diferencia entre un liberal y un conservador. Él mismo era conservador, incluso en la

vida privada. Tenía un mechón de cabello gris sobre la parte trasera del cuello, como ciertos estadistas anticuados, y visto desde atrás parecía el hombre que el imperio necesita. Visto de frente, parecía un soltero suave y auto-complaciente, con habitaciones en el Albany, que era lo que era.

Como se ha mencionado, había veinticuatro asientos en la mesa de la terraza, y solo doce miembros del club. Así, podían ocupar la terraza en el estilo más lujoso de todos, dispuestos a lo largo del lado interior de la mesa, sin nadie enfrente, disfrutando de una vista ininterrumpida del jardín, cuyos colores aún eran vívidos, aunque la noche se estaba cerrando un poco lúgubremente para la época del año. El presidente se sentaba en el centro de la línea, y el vicepresidente en el extremo derecho de la misma. Cuando los doce invitados se sentaban por primera vez, era costumbre (por alguna razón desconocida) que los quince camareros se alinearan contra la pared como tropas presentando armas al rey, mientras que el gordo propietario se paraba y saludaba al club con una sorpresa radiante, como si nunca hubiera oído hablar de ellos antes. Pero antes del primer tintineo de cuchillo y tenedor, este ejército de sirvientes había desaparecido, solo los uno o dos necesarios para recoger y distribuir los platos se movían en un silencio mortal. El señor Lever, el propietario, por supuesto, había desaparecido en convulsiones de cortesía mucho antes. Sería exagerado, incluso irreverente, decir que alguna vez volvió a aparecer positivamente. Pero cuando el plato importante, el de pescado, estaba siendo llevado, había... ¿cómo lo diría? Una sombra vívida, una proyección de su personalidad, que indicaba que estaba rondando cerca. El sagrado plato de pescado consistía (a los ojos de los vulgares) en una especie de monstruoso pudín, del tamaño y la forma de un pastel de bodas, en el que un número considerable de peces interesantes habían perdido finalmente las formas que Dios les había dado. Los Doce Verdaderos Pescadores tomaron sus célebres cuchillos y tenedores de pescado, y se acercaron a él tan solemnemente como si cada pulgada del pudín costara tanto como el tenedor de plata con el que se comía. Así era, por lo que yo sé. Este plato se trataba con un silencio ansioso y devorador; y solo cuando su plato estaba casi vacío, el joven duque hizo el comentario ritual:

—No pueden hacer esto en ningún otro lugar que aquí.

—En ningún lugar —dijo el señor Audley, con voz grave, volviéndose hacia el hablante y asintiendo varias veces con su venerable cabeza—. En

ningún lugar, ciertamente, excepto aquí. Me dijeron que en el Café Anglais...

Aquí fue interrumpido e incluso agitado por un momento por la retirada de su plato, pero recuperó el valioso hilo de sus pensamientos.

—Me dijeron que lo mismo podía hacerse en el Café Anglais. Nada parecido, señor —dijo, sacudiendo la cabeza sin piedad, como un juez que dicta una sentencia de muerte—. Nada parecido.

—Un lugar sobrevalorado —dijo cierto coronel Pound, hablando (a juzgar por su apariencia) por primera vez en varios meses.

—Oh, no sé —dijo el Duque de Chester, que era optimista—, es muy bueno para algunas cosas. No se puede superar en...

Un camarero vino rápidamente por la habitación y luego se detuvo en seco. Su detención fue tan silenciosa como su andar; pero todos esos caballeros vagos y amables estaban tan acostumbrados a la suavidad total de la maquinaria invisible que rodeaba y sustentaba sus vidas, que un camarero haciendo algo inesperado era un sobresalto y una sacudida. Lo sintieron como tú y yo sentiríamos si el mundo inanimado desobedeciera, si una silla huyera de nosotros.

El camarero se quedó mirando unos segundos, mientras en cada rostro en la mesa se profundizaba una extraña vergüenza que es completamente producto de nuestro tiempo. Es la combinación del humanitarismo moderno con el horrible abismo moderno entre las almas de los ricos y los pobres. Un verdadero aristócrata histórico le habría arrojado cosas al camarero, empezando por botellas vacías y muy probablemente terminando con dinero. Un verdadero demócrata le habría preguntado, con una claridad de discurso propia de un camarada, qué demonios estaba haciendo. Pero estos plutócratas modernos no podían soportar a un hombre pobre cerca de ellos, ni como esclavo ni como amigo. Que algo hubiera salido mal con los sirvientes era simplemente una vergüenza sorda y caliente. No querían ser brutales, y temían la necesidad de ser benevolentes. Querían que la cosa, fuera lo que fuera, terminara. Terminó. El camarero, después de quedarse rígido unos segundos, como un cataléptico, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Cuando volvió a aparecer en la habitación, o más bien en la puerta, fue en compañía de otro camarero, con quien susurró y gesticuló con ferocidad sureña. Luego, el primer camarero se fue, dejando al segundo camarero, y reapareció con un tercer camarero. Para cuando un cuarto camarero se había unido a este sínodo apresurado, el señor Audley sintió que era necesario romper el silencio en interés de la Táctica. Usó una tos muy fuerte, en lugar de un martillo presidencial, y dijo:

—Splendid work young Moocher's doing in Burmah. Now, no other nation in the world could have...

Un quinto camarero se había dirigido hacia él como una flecha, y le susurraba al oído:

—Lo siento. ¡Importante! ¿Podría el propietario hablar con usted?

El presidente se volvió desconcertado, y con una mirada aturdida vio al señor Lever acercándose a ellos con su torpe rapidez. La marcha del buen propietario era de hecho su andar habitual, pero su rostro no era en absoluto habitual. Generalmente era de un cobre marrón alegre; ahora era de un amarillo enfermizo.

—Perdóneme, señor Audley —dijo, con una respiración asmática—. Tengo grandes temores. ¡Sus platos de pescado, se han llevado con los cuchillos y tenedores encima!

—Bueno, eso espero —dijo el presidente, con cierto calor.

—¿Lo vio? —jadeó el emocionado dueño del hotel—. ¿Vio al camarero que se los llevó? ¿Lo conoce?

—¿Conocer al camarero? —respondió indignado el señor Audley—. ¡Por supuesto que no!

El señor Lever abrió las manos con un gesto de agonía.

—Nunca lo envié —dijo—. No sé cuándo ni por qué vino. Envié a mi camarero a llevarse los platos, y los encontré ya llevados.

El señor Audley seguía luciendo demasiado desconcertado para ser realmente el hombre que el imperio necesita; ninguno de los presentes pudo decir nada, excepto el hombre de madera: el coronel Pound, que parecía galvanizado en una vida antinatural. Se levantó rígidamente de su silla, dejan-

do a todos los demás sentados, ajustó su monóculo en el ojo y habló en un tono ronco, como si hubiera olvidado cómo hablar.

—¿Quiere decir —dijo—, que alguien ha robado nuestro servicio de plata de pescado?

El propietario repitió el gesto con las manos abiertas con aún mayor impotencia y en un instante todos los hombres en la mesa estaban de pie.

—¿Están todos sus camareros aquí? —preguntó el coronel, con su tono bajo y áspero.

—Sí; están todos aquí. Lo noté yo mismo —exclamó el joven duque, empujando su rostro juvenil hacia el círculo interior—. Siempre los cuento cuando entro; se ven tan raros alineados contra la pared.

—Pero seguramente uno no puede recordar exactamente —empezó el señor Audley, con pesada vacilación.

—Recuerdo exactamente, te digo —exclamó el duque excitado—. Nunca ha habido más de quince camareros en este lugar, y no había más de quince esta noche, lo juro; ni más ni menos.

El propietario se volvió hacia él, temblando en una especie de parálisis de sorpresa.

—¿Dices—dices —balbuceó— que viste a todos mis quince camareros?

—Como siempre —asintió el duque—. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada —dijo Lever, con un acento cada vez más pronunciado—, solo que no los viste. Porque uno de ellos está muerto arriba.

Hubo un espantoso silencio por un instante en esa habitación. Puede ser (tan sobrenatural es la palabra muerte) que cada uno de esos hombres ociosos mirara por un segundo a su alma y la viera como un pequeño guisante seco. Uno de ellos, el duque, creo, incluso dijo con la idiota amabilidad de la riqueza:

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Ha tenido un sacerdote —dijo el judío, no sin emoción.

Luego, como si resonara el tañido del destino, despertaron a su propia situación. Durante unos extraños segundos realmente habían sentido como

si el decimoquinto camarero pudiera ser el fantasma del hombre muerto arriba. Habían estado mudos bajo esa opresión, porque los fantasmas eran para ellos una vergüenza, como los mendigos. Pero el recuerdo de la plata rompió el hechizo de lo milagroso; lo rompió abruptamente y con una reacción brutal. El coronel volcó su silla y se dirigió a la puerta.

— Si hubo un decimoquinto hombre aquí, amigos — dijo —, ese decimoquinto tipo era un ladrón. Bajen de inmediato a las puertas delanteras y traseras y aseguren todo; luego hablaremos. Las veinticuatro perlas del club merecen ser recuperadas.

El señor Audley pareció dudar al principio sobre si era propio de un caballero apresurarse tanto por cualquier cosa; pero, al ver al duque bajar corriendo las escaleras con energía juvenil, lo siguió con un movimiento más maduro.

En ese mismo instante, un sexto camarero entró corriendo en la habitación y declaró que había encontrado la pila de platos de pescado en un aparador, sin rastro de la plata.

La multitud de comensales y sirvientes que se precipitó desordenadamente por los pasillos se dividió en dos grupos. La mayoría de los Pescadores siguieron al propietario a la habitación delantera para pedir noticias de cualquier salida. El coronel Pound, con el presidente, el vicepresidente y uno o dos más se lanzaron por el pasillo que conducía a las dependencias del personal, como la línea de escape más probable. Al hacerlo, pasaron junto a la tenue alcoba o caverna del guardarropa y vieron una figura baja y vestida de negro, presumiblemente un asistente, de pie un poco más atrás en la sombra de la misma.

— ¡Hola, allí! — gritó el duque —. ¿Has visto a alguien pasar?

La figura baja no respondió directamente a la pregunta, sino que dijo simplemente:

— Tal vez tengo lo que están buscando, caballeros.

Se detuvieron, vacilando y preguntándose, mientras él se dirigía tranquilamente al fondo del guardarropa y regresaba con ambas manos llenas de plata reluciente, que colocó en el mostrador con la misma calma que un vendedor. Tomó la forma de una docena de tenedores y cuchillos de forma curiosa.

—Tú... tú... —empezó el coronel, completamente descolocado por fin. Luego miró en la pequeña habitación tenue y vio dos cosas: primero, que el hombre bajo y vestido de negro estaba vestido como un clérigo; y segundo, que la ventana de la habitación detrás de él estaba rota, como si alguien hubiera pasado violentamente a través de ella.

—Objetos valiosos para depositar en un guardarropa, ¿no? —comentó el clérigo con alegre compostura.

—¿R-robaste esas cosas? —tartamudeó el señor Audley, con los ojos desorbitados.

—Si lo hice —dijo el clérigo con agrado—, al menos las estoy devolviendo.

—Pero no lo hiciste —dijo el coronel Pound, aún mirando la ventana rota.

—Para ser completamente honesto, no lo hice —dijo el otro, con cierto humor. Y se sentó muy gravemente en un taburete.

—Pero sabes quién lo hizo —dijo el coronel.

—No sé su nombre real —dijo el sacerdote plácidamente—, pero sé algo sobre su peso de lucha, y mucho sobre sus dificultades espirituales. Formé la estimación física cuando intentaba estrangularme, y la estimación moral cuando se arrepintió.

—Oh, vamos... ¡arrepentirse! —exclamó el joven Chester, con una especie de carcajada.

El Padre Brown se levantó, poniendo las manos detrás de él.

—Curioso, ¿verdad? —dijo—, que un ladrón y un vagabundo se arrepienta, cuando tantos que son ricos y seguros permanecen duros y frívolos, sin dar fruto para Dios ni para el hombre. Pero, bueno, si me disculpan, se están adentrando un poco en mi campo. Si dudan del arrepentimiento como un hecho práctico, ahí están sus cuchillos y tenedores. Ustedes son Los Doce Verdaderos Pescadores, y ahí están todos sus peces de plata. Pero Él me ha hecho pescador de hombres.

—¿Atrápaste a este hombre? —preguntó el coronel, frunciendo el ceño.

El Padre Brown lo miró directamente a la cara fruncida.

—Sí —dijo—, lo atrapé, con un anzuelo invisible y una línea invisible que es lo suficientemente larga como para dejarlo vagar hasta los confines del mundo, y aún así traerlo de vuelta con un tirón en el hilo.

Hubo un largo silencio. Todos los demás hombres presentes se alejaron para llevar la plata recuperada a sus compañeros o para consultar al propietario sobre la extraña condición de las cosas. Pero el coronel de rostro sombrío aún estaba sentado de lado en el mostrador, balanceando sus largas piernas delgadas y mordiéndose el oscuro bigote.

Finalmente, dijo en voz baja al sacerdote:

—Debe haber sido un tipo listo, pero creo que conozco a alguien más listo.

—Era un tipo listo —respondió el otro—, pero no estoy seguro de a quién te refieres.

—Me refiero a ti —dijo el coronel, con una breve risa—. No quiero que metan al tipo en la cárcel; quédate tranquilo con eso. Pero daría muchos tenedores de plata por saber exactamente cómo te involucraste en este asunto y cómo sacaste las cosas de él. Creo que eres el diablo más moderno de la compañía presente.

Al Padre Brown pareció gustarle la cándida franqueza del soldado.

—Bueno —dijo, sonriendo—, no debo decirte nada sobre la identidad del hombre, ni su propia historia, por supuesto; pero no hay ninguna razón particular por la que no pueda contarte los meros hechos externos que descubrí por mí mismo.

Saltó sobre la barrera con una actividad inesperada, y se sentó junto al coronel Pound, balanceando sus piernas cortas como un niño en una puerta. Comenzó a contar la historia tan fácilmente como si se la contara a un viejo amigo junto a una chimenea navideña.

—Verás, coronel —dijo—, estaba encerrado en esa pequeña habitación allí escribiendo algo, cuando escuché un par de pies en este pasillo haciendo un baile tan extraño como el baile de la muerte. Primero venían pasos rápidos y graciosos, como un hombre caminando de puntillas para una apuesta; luego venían pasos lentos y descuidados, crujientes, como los de un hombre grande caminando con un cigarro. Pero ambos eran hechos por los mismos

pies, lo juro, y venían en rotación; primero el correr y luego el caminar, y luego el correr de nuevo. Al principio me pregunté, de manera ociosa y luego salvajemente, por qué un hombre debería actuar estos dos papeles a la vez. Un andar lo conocía; era como el tuyo, coronel. Era el andar de un caballero bien alimentado esperando algo, que pasea más porque está físicamente alerta que porque esté mentalmente impaciente. Sabía que también conocía el otro andar, pero no podía recordar qué era. ¿Qué criatura salvaje había conocido en mis viajes que corría sobre las puntas de los pies de esa manera extraordinaria? Luego escuché un tintineo de platos en alguna parte; y la respuesta se alzó tan clara como la Basílica de San Pedro. Era el andar de un camarero, ese andar con el cuerpo inclinado hacia adelante, los ojos mirando hacia abajo, la punta del pie rechazando el suelo, las colas del abrigo y el paño volando. Entonces pensé un minuto y medio más. Y creo que vi la manera del crimen, tan claramente como si lo fuera a cometer.

El coronel Pound lo miró con agudeza, pero los ojos grises y apacibles del orador estaban fijos en el techo con una melancolía casi vacía.

—Un crimen —dijo lentamente—, es como cualquier otra obra de arte. No te sorprendas; los crímenes no son las únicas obras de arte que provienen de un taller infernal. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene una marca indispensable; quiero decir, que el centro de ella es simple, por más que la realización pueda ser complicada. Así, en Hamlet, digamos, la grotesquedad del sepulturero, las flores de la chica loca, la ornamentación fantástica de Osric, la palidez del fantasma y la sonrisa de la calavera son todas rarezas en una especie de corona enredada alrededor de una figura trágica sencilla de un hombre de negro. Bueno, esto también —dijo, bajando lentamente de su asiento con una sonrisa—, esto también es la tragedia simple de un hombre de negro. Sí —continuó, viendo al coronel mirarlo con cierta sorpresa—, toda esta historia gira en torno a una chaqueta negra. En esto, como en Hamlet, están las excrescencias rococó: ustedes mismos, digamos. Está el camarero muerto, que estaba allí cuando no podía estar allí. Está la mano invisible que barrió su mesa de plata y se desvaneció en el aire. Pero todo crimen ingenioso se basa en última instancia en algún hecho bastante simple, algún hecho que no es en sí mismo misterioso. La mistificación viene en cubrirlo, en desviar los pensamientos de los hombres de él. Este gran y sutil y (en el curso ordinario) muy rentable crimen, se construyó sobre el simple hecho de que la vestimenta de noche de un caballero es la

misma que la de un camarero. Todo lo demás fue actuación, y una actuación formidable también.

—Aun así —dijo el coronel, levantándose y mirando sus botas—, no estoy seguro de entender.

—Coronel —dijo el Padre Brown—, te digo que este arcángel de la impudencia que robó tus tenedores caminó por este pasillo veinte veces bajo la luz de todas las lámparas, en el resplandor de todos los ojos. No fue a esconderse en rincones oscuros donde la sospecha podría haberlo buscado. Se mantuvo constantemente en movimiento en los pasillos iluminados, y dondequiera que iba parecía estar allí por derecho. No me preguntes cómo era; lo has visto tú mismo seis o siete veces esta noche. Estabas esperando con todos los demás grandes personajes en la sala de recepción al final del pasillo, con la terraza justo más allá. Siempre que él se encontraba entre ustedes, venía en el estilo rápido de un camarero, con la cabeza inclinada, el paño ondeando y los pies volando. Salía a la terraza, hacía algo con el mantel y volvía rápidamente hacia la oficina y los cuartos de los camareros. Para cuando había pasado bajo el ojo del empleado de la oficina y los camareros, se había convertido en otro hombre en cada centímetro de su cuerpo, en cada gesto instintivo. Paseaba entre los sirvientes con la insolencia distraída que todos ellos han visto en sus patrones. No era nada nuevo para ellos que un elegante de la cena pasara por todas partes de la casa como un animal en el zoológico; saben que nada marca más al grupo distinguido que un hábito de caminar por donde uno elija. Cuando se cansaba magníficamente de caminar por ese pasillo en particular, giraba y volvía a caminar por la oficina; en la sombra del arco justo más allá, se transformaba como por un golpe de magia y volvía a apresurarse entre los Doce Pescadores, como un servidor obsequioso. ¿Por qué los caballeros mirarían a un camarero ocasional? ¿Por qué los camareros sospecharían de un caballero caminante de primera clase? Una o dos veces jugó los trucos más audaces. En las dependencias privadas del propietario pidió alegremente un sifón de agua con gas, diciendo que tenía sed. Dijo cordialmente que lo llevaría él mismo, y lo hizo; lo llevó rápidamente y correctamente a través de todos ustedes, un camarero con una misión obvia. Por supuesto, no podría haberse mantenido por mucho tiempo, pero solo tenía que mantenerse hasta el final del plato de pescado.

—Su peor momento fue cuando los camareros estaban alineados en fila; pero incluso entonces logró apoyarse contra la pared justo en la esquina de tal manera que, por ese momento importante, los camareros lo creían un caballero, mientras que los caballeros lo creían un camarero. El resto fue como guiñar. Si algún camarero lo atrapaba lejos de la mesa, ese camarero atrapaba a un aristócrata lánguido. Solo tenía que cronometrarse dos minutos antes de que se retiraran los platos de pescado, convertirse en un sirviente rápido y retirarlos él mismo. Puso los platos en un aparador, metió la plata en su bolsillo interior, dándole un aspecto abultado, y corrió como una liebre (lo escuché venir) hasta llegar al guardarropa. Allí solo tenía que ser un plutócrata nuevamente, un plutócrata llamado repentinamente por negocios. Solo tenía que dar su boleto al encargado del guardarropa y salir elegantemente como había entrado. Solo... solo que yo resulté ser el encargado del guardarropa.

—¿Qué le hiciste? —exclamó el coronel con inusual intensidad—. ¿Qué te dijo?

—Perdona —dijo el sacerdote inamovible—, ahí es donde termina la historia.

—Y donde comienza la historia interesante —murmuró Pound—. Creo que entiendo su truco profesional. Pero no parece que haya entendido el tuyo.

—Debo irme —dijo el Padre Brown.

Caminaban juntos por el pasillo hacia el vestíbulo, donde vieron la fresca cara pecosa del Duque de Chester, que se dirigía hacia ellos con energía.

—Vamos, Pound —exclamó sin aliento—. Te he estado buscando por todas partes. La cena continúa a toda velocidad, y el viejo Audley tiene que dar un discurso en honor a los tenedores recuperados. Queremos empezar alguna nueva ceremonia, ¿sabes?, para conmemorar la ocasión. Digo, realmente recuperaste las cosas, ¿qué sugieres?

—Bueno —dijo el coronel, mirándolo con cierta aprobación sardónica—, sugeriría que de ahora en adelante llevemos chaquetas verdes en lugar de negras. Nunca se sabe qué errores pueden surgir cuando uno se parece tanto a un camarero.

—¡Oh, maldita sea! —dijo el joven— , un caballero nunca parece un camarero.

—Ni un camarero parece un caballero, supongo —dijo el coronel Pound, con la misma risa sombría en su rostro—. Reverendo, su amigo debe haber sido muy inteligente para actuar como caballero.

El Padre Brown abotonó su abrigo común hasta el cuello, porque la noche estaba tormentosa, y tomó su paraguas común del perchero.

—Sí —dijo— ; debe ser un trabajo muy duro ser un caballero; pero, ¿saben?, a veces he pensado que puede ser casi igual de laborioso ser un camarero.

Y diciendo "Buenas noches", empujó las pesadas puertas de ese palacio de placeres. Las puertas doradas se cerraron detrás de él, y se fue caminando a paso rápido por las calles oscuras y húmedas en busca de un ómnibus de un centavo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB